

Monseñor Romero y George W. Bush: más diferencias que semejanzas

El 24 de marzo recién pasado arribó a El Salvador el presidente de Estados Unidos, George W. Bush. Esos días fueron de euforia en los círculos gubernamentales, empresariales y mediáticos: desde antes de su llegada, unos y otros no escatimaron tinta ni palabras para hacer ver a propios y extraños lo que significaba la visita del presidente del país más poderoso del planeta. Nunca fueron suficientes las opiniones optimistas acerca del futuro que le esperaba a El Salvador una vez que se embarcara en un tratado de libre comercio —sólo o acompañado del resto de países centroamericanos— con Estados Unidos. Una vez que este paso se diera, lo demás vendría por añadidura: prosperidad, crecimiento económico y desarrollo social.

La otra cara de la moneda fue la celebración —el mismo día que Bush pisaba suelo salvadoreño— del XXII Aniversario del asesinato de Monseñor Romero. Sin duda, se trató de dos acontecimientos absolutamente opuestos, no sólo por el talante de las personalidades que ocuparon el centro de ambos eventos, sino por las expectativas que cada uno de ellos despierta, en los distintos sectores de la sociedad. Comparativamente, las personalidades de ambos son contrarias: Monseñor Romero fue un hombre recio y firme en sus convicciones; Bush parece no tener más convicciones que las que le dictan los vaivenes de los intereses estadounidenses en el mundo y del gran capital estadounidense. La manifestación más reciente de esta ausencia de convicciones firmes en el presidente Bush ha sido su ambigüedad ante la embestida militar israelí en los territorios palesti-

nos. En lo que se refiere a las expectativas que despiertan, el primero sigue irradiando valores humanos de gran calado, como lo son la justicia, la solidaridad y el respeto a la dignidad de los más pobres, mientras que el segundo irradia valores —o anti-valores, según se mire— asociados a la acumulación insaciable de riquezas, la voracidad económica, el consumo ilimitado y la exclusión de quienes tienen poco que ofrecer en el mercado de bienes y servicios.

No ha faltado quien ha querido ver un simbolismo particular en la coincidencia de ambos acontecimientos. Más allá de las intenciones que pudieron haber existido en la programación de la visita de Bush, precisamente, el 24 de marzo, no cabe duda de que con su presencia cobró, por contraste, mayor brío la imagen de Mons. Romero. Y es que la palabra y la obra de éste niegan lo que el primero representa. Es cierto que en el mundo de hoy los valores representados por Mons. Romero no son los de mayor aceptación, ni siquiera por muchos de los excluidos de la riqueza y del bienestar. No obstante, el arzobispo asesinado sigue iluminando a individuos y grupos que, aunque no muy amplios, están llamados a convertirse en una fuerza capaz de revertir el aletargamiento y la pasividad de la sociedad salvadoreña. Una buena parte de su esfuerzo debe encaminarse, ante todo, a defender el talante de Mons. Romero como una figura nacional, patrimonio de todos los salvadoreños sin exclusiones de ninguna naturaleza —salvo las de quienes no quieran apropiarse de la herencia del arzobispo asesinado—.

¿Qué significa asumir a Mons. Romero como figura nacional? ¿Cuáles son los valores que representa como contrapartida a los que representa un hombre como Bush? Pues bien, para ahondar en ambas interrogantes, vamos a centrar nuestra atención, primero, en Mons. Romero y, luego, en el presidente estadounidense, de modo que el contraste entre ambos sea más nítido y el humanismo del primero quede mejor resaltado a contraluz de la escasa preocupación por lo humano de la que hace gala el segundo.

Ante todo, recuperar a Mons. Romero como una figura nacional —como un patriota en el sentido pleno de la expresión—, exige, como paso previo, desmitificar algunas de las visiones que, sobre su figura y trabajo pastoral, se han venido tejiendo. Las distorsiones comenzaron durante su vida. Así, en una hoja volante, se caracteriza una misa suya —celebrada en la iglesia María Auxiliadora, el 19 de julio de 1977— como una “misa-mitin” y además se califica al arzobispo como “agitador profesional”, que hace el “cachete a las organizaciones marxistas”. Todavía hay quienes piensan así; todavía hay quienes aceptan, sin el menor ánimo crítico, esta imagen equivocada de Mons. Romero —fraguada por los sectores más duros de la derecha salvadoreña, en los años setenta y ochenta—.

Como contrapartida, están los que ven a Mons. Romero como un hombre ingenuo y de buena fe, a quien se forzó (por las vías del engaño y la manipulación) a que hiciera cosas y apoyara causas ajenas a su quehacer de pastor. Mons. Romero era bueno —dicen—, pero tuvo malas influencias (entre otras, la de los jesuitas), las cuales se valieron de su humildad y debilidad de carácter. Por tanto, de lo que se trata ahora es de rescatar a ese Mons. Romero espiritual; es ese Mons. Romero el que debe ser canonizado.

Por último, están aquellos que ven al arzobispo asesinado como un hombre con ideas claras, unívocas, que siempre sabía a qué atenerse o qué decisión tomar. Para éstos, Mons. Romero es una especie de superhombre, incapaz de titubear o dudar: sus decisiones y opciones las tomó a partir de valoraciones frías y diáfanas de la realidad. Coherencia, frialdad, claridad y determinación: ¿no son estas acaso virtudes que sólo los santos o los seres humanos extraordinarios pueden tener?

Pese al arraigo de esas visiones de Mons. Romero, las tres, cada una a su modo, falsean lo que

fue su presencia, en la realidad histórica salvadoreña. Comencemos con la última de ellas. Esta olvida una cosa importante: que Mons. Romero fue un ser humano, extraordinario sí, pero no por no equivocarse o no dudar, sino porque en medio de dudas, equivocaciones y rectificaciones, pudo medirle el pulso al país, en aquellos años aciagos, y tomar decisiones difíciles para él y para la Iglesia. Su Diario personal no deja dudas al respecto: Mons. Romero no siempre tuvo claridad plena acerca de lo que pasaba en el país o acerca de cuál era la mejor forma de responder ante las distintas coyunturas —sangrientas muchas de ellas— que se presentaban. Fue un hombre abierto a lo que los demás podían decirle o enseñarle, sobre todo a lo que le podían decir los más pobres de El Salvador. Y en esto radicó lo extraordinario de él: en haber sido un ser humano cabal, un ser humano que, con sus debilidades, titubeos e incertidumbres, pudo, tras buscar incansablemente los “signos de los tiempos”, estar a la altura de las exigencias que planteaba la realidad histórica salvadoreña, responder a lo que el país esperaba de su líder espiritual.

La santidad de Mons. Romero —lo que de extraordinario hubo en él— no excluye su humanidad —con sus debilidades y desaciertos—, sino que más bien la presupone y exige como algo constitutivo. Ignacio Ellacuría llegó a decir que con Mons. Romero “Dios pasó por El Salvador”, pero con el Mons. Romero humano, hombre, persona de carne y hueso, con debilidades y virtudes. Esto nos lleva a la segunda perspectiva: la que insiste en su dimensión espiritual. Según esta lectura, el bueno de Mons. Romero fue manipulado, dada su debilidad de carácter, por quienes querían imponer sus propios intereses al país y a la Iglesia.

Para quienes ven así las cosas, Mons. Romero era un ser dócil y sin carácter, que hizo lo que hizo por influencia de otros. Pues bien, ni su diario, sus cartas pastorales y homilias, ni la experiencia que tuvieron con él distintas personas avalan esta visión tan simplista de su figura. Sin dejar de tener altibajos psicosomáticos —¿quién incluso con menos presiones no los tiene?—, Mons. Romero fue, en momentos cruciales, una personalidad de carácter, capaz de asumir con determinación, tras haber reflexionado detenidamente, decisiones difíciles y peligrosas. Un ser dócil y sin carácter no hubiera enfrentado a los militares, ni a los grupos de poder económico, habida cuenta de los mecanismos de seducción y chantaje de los

que éstos quisieron valerse para sumarlo a sus filas o, al menos, para que dejara de ser tan molesto.

Asimismo, sin dejar de escuchar a otros —militares, empresarios, profesionales, políticos, miembros de organizaciones populares, guerrilleros—, Mons. Romero, tras consultarlo consigo mismo, decidió hacer o decir, por su cuenta y riesgo, lo que a él le parecía correcto. Aquí su Diario personal —ese conjunto de reflexiones cotidianas y de pláticas consigo mismo y con Dios que grabó desde el 31 de marzo de 1978 hasta el 20 de marzo de 1980— es crucial para entender las encrucijadas en las que se encontró, así como el modo en que fraguó muchas de sus decisiones.

Finalmente, llegamos al primero de los puntos, la relación de Mons. Romero con la izquierda armada. La óptica que hemos expuesto antes —la que lo identifica con los grupos marxistas— deja de lado —quizás intencionalmente— una sus facetas más sobresalientes: sus críticas y su rechazo a la violencia como medio para resolver los problemas nacionales. Y ello porque era consciente —como pocos en su tiempo— de que la violencia, al multiplicarse, se convierte en un “espiral de violencia”, en la cual los más perjudicados termi-



nan siendo los que no poseen arma alguna para defenderse: los pobres.

Era consciente, por supuesto, de que una situación de aguda “violencia represiva” podía arrinconar a determinados sectores de la sociedad a optar por la “violencia revolucionaria”, la cual, en cierto modo, se explicaba como resultado de aquélla. Pero eso no significaba para él aceptar o, peor aún, aplaudir las acciones de las organizaciones político-militares. Incluso, al igual que contra la “violencia institucionalizada”, la “violencia represiva” y la “violencia terrorista”, Mons. Romero criticó y rechazó tajantemente lo que él llamó “violencia fanática”: “esa violencia fanática que casi se hace ‘mística’ o ‘religión’ de algunos grupos o individuos. Endiosan la violencia como fuente única de justicia y la propugnan y practican como método para implantar la justicia en el país. Esta mentalidad patológica hace imposible detener el espiral de violencia y colabora a la polarización extrema de los grupos humanos”.

Por otra parte, aunque era consciente del fanatismo al cual eran proclives estos grupos —fanatismo que él condenaba—, sabía también de las razones que los habían llevado a su opción violenta y de lo necesaria que era su participación —al igual que la de los militares, los empresarios y los políticos— en la solución de la problemática nacional. La relación de Mons. Romero con la izquierda armada salvadoreña, en la década de los años setenta e inicios de los años ochenta, no fue simple, ni unívoca. La tesis de la identificación de Mons. Romero con los grupos político-militares, con su praxis e ideología, no tiene sustento alguno en la realidad. Tampoco lo tiene la tesis que afirma que condenó, sin matiz o consideración alguna, la opción revolucionaria tomada por esos grupos.

Mons. Romero trató de entender, no de justificar, esa opción revolucionaria; no fue ajeno a sus peores implicaciones —el fanatismo, la absolutización de la organización, el temor social que despertaba—, pero estaba claro de que la solución (o agudización) de la problemática nacional tenía que ver con el modo en el que esos grupos se fueran perfilando, en el escenario sociopolítico del país. Mons. Romero pudo hacer lo que hizo, porque fue un hombre a carta cabal, comprometido con los problemas de su país y consciente del rol que le tocaba asumir en las difíciles circunstancias por las que el mismo atravesaba.

En una palabra, Mons. Romero fue un hombre honrado con la realidad. Ahora que muchos en El Salvador suelen rendir honores a figuras que vivieron para la guerra y para exterminar a otros —como Domingo Monterrosa o Roberto D'Aubuisson— es bueno recordar a quienes vivieron para defender la vida, la paz y la justicia entre los salvadoreños. Mons. Romero es figura señera, en la defensa de esos valores. Fue un verdadero patriota, a la vez que fue un verdadero cristiano y como tal merece ser recordado (y celebrado) por todos los que en El Salvador y en el mundo creen que vale la pena comprometerse con la defensa de la vida, la convivencia pacífica, el respeto a los demás, la tolerancia y la justicia.

¿Cuál es el perfil de George W. Bush? ¿Qué ofrece al mundo? ¿Qué ofrece a países pobres como El Salvador? ¿Qué tan lejos se encuentra Bush de Mons. Romero?

Comencemos dando un rodeo para responder la primera de las interrogantes. ¿Por qué las empresas mediáticas destacaron tanto a un Francisco Flores ufano porque Bush lo llamó "su amigo"? Porque es el paradigma del triunfador por excelencia: preside el país más poderoso del mundo. Aunque sea en teoría —porque las decisiones efectivas las toman otros—, tiene el poder de desencadenar guerras: donde pone el ojo, pone las tropas; y está respaldado por las empresas capitalistas más potentes del globo. Ciertamente, Washington ha tenido mandatarios más brillantes que el actual, pero la falta de buen sentido, el desconocimiento de lo que se da en llamar "cultura general" y de los rudimentos gramaticales del propio idioma no es obstáculo para un hombre de éxito. Llegó al poder en un proceso electoral muy cuestionado y representa al sector más duro del partido que está más a la derecha del espectro electoral estadounidense. Los atentados terroristas en Estados Unidos le dieron alas para una aventura militar a escala mundial, la cual ha comenzado arrasando con la ya arrasada Afganistán y amenaza con extenderse a cualquier otro país al que antojadizamente se le incluya dentro del "eje del mal".

Bush ofrece al mundo la resurrección de unos valores que se creía estaban sepultados con el fin de la guerra fría. Ciertamente, la "amenaza comunista" ya no existe, mas persiste la voluntad de hacer de Estados Unidos el policía del mundo. Bush está en la primera línea de un gobierno que se ha reservado para sí la potestad de decidir quién

es democrático y quién no, y tiene, además, el poder para castigar a todo aquel país que no se alinee con sus intereses.

La oferta de Bush, sin embargo, va más allá del militarismo, su rasgo más ostensible. El predominio militar es la expresión del predominio económico por otros medios. Si buscásemos cuál es la utopía de quienes respaldan al gobernante estadounidense, ésta se traduciría en dos palabras: libre comercio. ¿Libre comercio para quiénes? Para aquellas naciones que tengan más poder. El comercio se plantea libre de frenos estatales, arancelarios y políticos para las naciones poderosas, mientras que el intercambio desigual sigue rigiendo para los países pobres. Los tratados de libre comercio son expresión de lo anterior. Las empresas de los países ricos entran a competir en los mercados de los países pobres y arrasan con sus competidores, sobre todo, con las pequeñas y medianas empresas. En cambio, las empresas de naciones subdesarrolladas, que logran la proeza de entrar al mercado de los países ricos, no representan mayor peligro para sus competidores, en virtud de restricciones, impuestos, medidas proteccionistas, etc., las cuales no se aplican en reciprocidad a las transnacionales.

Cúpulas empresariales como la salvadoreña, sin embargo, creen a pie juntillas que los tratados de libre comercio, en las condiciones que el gobierno de Bush dispone, son el mejor medio para catapultar a El Salvador hacia el desarrollo. Se han creído las ficciones que han urdido los propagandistas del mandatario estadounidense.

En realidad, lo que Bush ofrece a los países de América Latina, entre ellos, El Salvador, es un proyecto hegemónico, que tiene una componente económica: el área de libre comercio. Esto significa que, una vez consumado, el capital estadounidense podrá actuar con libertad en cualquiera de nuestros países. El libre tránsito de las mercancías de allá para acá no se corresponderá con el libre tránsito de las personas de acá para allá. La migración de los países centroamericanos hacia Estados Unidos, tema sensible en el istmo, no fue abordado por Bush durante su visita del 24 de marzo, a pesar de las expectativas que se despertaron al respecto; a pesar, también, de la incertidumbre que crea entre las personas indocumentadas la expiración del Estatuto de protección temporal. Eso es una señal de dónde están ubicados los emigrantes, en la oferta del mandatario estadounidense para nuestros países.

Es aquí donde podemos analizar qué similitudes y diferencias podrían tener las figuras de Romero y Bush. Indudablemente, ambos son personajes notorios, pero a partir de ahí, las semejanzas desaparecen. Mientras Bush —su figura pública, los valores que encarna y los intereses que representa— está vinculado a un poder que aspira a ser omnímodo, apoyado en la supremacía militar y económica, Mons. Romero fue un hombre que optó por quienes han sido marginados de todo poder público —sea este político o económico—. Por esa opción, denunció a las elites salvadoreñas —las mismas que hoy se hacen eco de los halagos de Bush a Francisco Flores— y se enfrentó al poder económico y militar de este país.

No terminan ahí las diferencias. Bush encarna un proyecto sociopolítico articulado alrededor de la economía. Romero defendió un proyecto de sociedad humanizada y humanizante. Fue, precisamente, por su preocupación por el ser humano, que cuestionó la violencia como medio para defender unos intereses a todas luces injustos. Por ello mismo, también, fue muy crítico de la violencia de las organizaciones revolucionarias. Sabía que la violencia puede desnaturalizar cualquier proyecto, por muy liberador que se plantee en sus intenciones. Todo lo contrario al presidente estadounidense, el cual simboliza un poder mundial que no se cuestiona en absoluto sobre la violencia: simplemente la aplica, cuando se le antoja.

La muerte le impidió ver a Mons. Romero el rumbo que ha tomado la política exterior de Estados Unidos, en la presidencia de Bush. Sin embargo, supo cuán determinante es esa política en nuestro país. El año de su muerte (1980), le escribió una carta al entonces presidente estadounidense, Jimmy Carter. En ella, le expresaba su preocupación por la posibilidad de que Washington decidiera darle ayuda económica y militar a la junta militar de gobierno. Ello le preocupaba, pues la ayuda de Washington serviría para fomentar aún más la represión. Advertía, “la contribución de su gobierno en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudizará sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado que muchas veces ha estado luchando porque se respeten sus derechos humanos más fundamentales”. No pudo ver que Washington ya no financia tiranías militares, pero que sigue diseñando políticas que violan la integridad humana. Tratados de libre comercio excluyentes, políticas neoliberales,

medidas económicas drásticas en contra de las mayorías —tales como las que hicieron naufragar a Argentina—, son las cosas que el gobierno de Bush alienta y apoya con determinación.

En su misiva a Jimmy Carter, Mons. Romero señalaba que es importante que El Salvador pudiera decidir su destino. En ese sentido, hizo ver cuán profunda es la relación entre el respeto a los derechos humanos y la libre autodeterminación de los pueblos. “Si en verdad quiere defender los derechos humanos”, escribió, “garantice que su gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc., en determinar el destino del pueblo salvadoreño”.

Aquí asoman, de nuevo, otras dos diferencias. Por un lado, el proyecto de Bush demanda que los países renuncien a su libre autodeterminación. La presencia de tropas estadounidenses en países latinoamericanos —amparada en una multiplicidad de pretextos, que van desde las misiones humanitarias o sociales, a lo “Fuertes Caminos”, hasta el combate al narcotráfico, al estilo del Plan Colombia, o la dolarización de algunas economías, al estilo salvadoreño—, son algunos ejemplos de cómo a Bush le desinteresa por completo el que las naciones puedan decidir por sí mismas qué rumbo quieren tomar.

Por otro lado, está el tema de los derechos humanos. Si Monseñor Romero se convirtió en un puntilloso vigilante de las violaciones de los derechos humanos, este es otro tema carente de relevancia en lo que Bush ofrece al mundo. Los costos humanos de la aventura militar en Afganistán y la guerra en Medio Oriente no le interesan, en lo más mínimo.

Y aquí encontramos una semejanza y una diferencia entre las dos figuras. El terrorismo fue un tema que preocupó a Mons. Romero y que también preocupa a Bush. Consecuentes con esa preocupación, ambos dan una respuesta clara a este problema. A raíz de los crueles atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, Bush decidió enfrentar al terrorismo de Al Qaeda con el terrorismo de Estado (léase intervención militar, cacería de sospechosos por su sola ascendencia árabe, etc.). La respuesta por la que optó Mons. Romero fue distinta. Atacó tanto el terrorismo de Estado como el terrorismo de los grupos guerrilleros. Sobre estos últimos, afirmó lo siguiente: “si se organizan con fines terroristas, con fines de maldad, no

hay derecho. Para el mal no hay derecho". Por eso criticó a las organizaciones revolucionarias cuando llevaban a cabo ejecuciones sumarias, o cuando perpetraban secuestros. Estaba claro que no había nada que justificara el terrorismo. Todo lo contrario a Bush. Parece que para él hay un terrorismo "malo" —el de sus enemigos— y otro terrorismo que está justificado, el propio y el de sus amigos. Mons. Romero era escéptico ante esa sospechosa homeopatía, donde se receta más terrorismo para acabar con el terrorismo.

Vistas así las cosas, hay un abismo infranqueable que separa a estos dos personajes que, al menos en forma simbólica, coincidieron en el país, el pasado 24 de marzo. ¿Cuál de las dos propuestas resulta viable para El Salvador? La propuesta de Bush es la que predomina en el mundo: la imposición del poder por la violencia y la exclusión de las mayorías, en aras del dios mercado. Es fácil ceder ante esta propuesta. Nuestras elites lo han

hecho, deponiendo incluso lo que consideraban su razón de ser: el "nacionalismo".

La propuesta de Mons. Romero es una propuesta humanista. Implica poner al ser humano en el horizonte y sustituir el cálculo de ganancias y pérdidas por una reflexión ética y una acción solidaria. Quizá no brille tanto en los medios de masas como la oferta del presidente estadounidense, pero, sin duda alguna, es la propuesta más viable. Seguir el carril de Bush nos lleva hacia un mundo inhóspito, a un considerable retroceso en la humanidad, puesto que en las relaciones humanas prevalece la ley del más fuerte. Asumir las preocupaciones de Mons. Romero, nos puede ayudar a construir sociedades más habitables, sin exclusión ni terror, sin guerras y explotación. Es la ruta más difícil, pero si de lo que se trata es de defender la vida, vale la pena intentarlo.

Luis Armando González
Luis Alvarenga

